

SANGRES CRUZADAS: MUJERES CHILENAS Y MESTIZAJE



BIBLIOTECA NACIONAL



0289593

SERNAM







Sección *bnd*

Clasificación *M (S) 3 A - 401*

Cutter *—*

Año Ed. *1973*

Copia *1*

Registro Seaco *141540*

Registro Notis. *AAP 5114*

SANGRES CRUZADAS: MUJERES CHILENAS Y MESTIZAJE

Sonia Montecino

SERNAM
Servicio Nacional de la Mujer

1993

COLECCION MUJERES EN LA CULTURA CHILENA

AAP 5114

141540

SERNAM, Servicio Nacional de la Mujer

Impreso en Chile

Inscripción N° 86.745

Este libro fue producido por

*CEDEM, Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer,
y diseñado por Rosa Varas.*

Realización de originales: Roberto Yáñez

Corrección de textos: María Eugenia Pavez

Portada: Revista Humboldt, N° 81, pág. 94

Agradecimientos:

A Teresa Rodríguez por su apoyo.

*A Pablo Diener, Víctor Toledo, Max Montecino, Rolf Foerster
y Angélica Wilson por su colaboración iconográfica.*

Índice

Presentación

pág. 9

Introducción

pág. 11

1. El encuentro cultural

pág. 13

2. La conquista de las mujeres: las cautivas como alegoría de lo femenino

pág. 23

3. El mestizaje negado como rasgo de la cultura chilena

pág. 31

4. La madre sola y el padre ausente

pág. 39

5. La mujer del "otro" y el mestizaje al revés: las chiñurras

pág. 49

Corolario

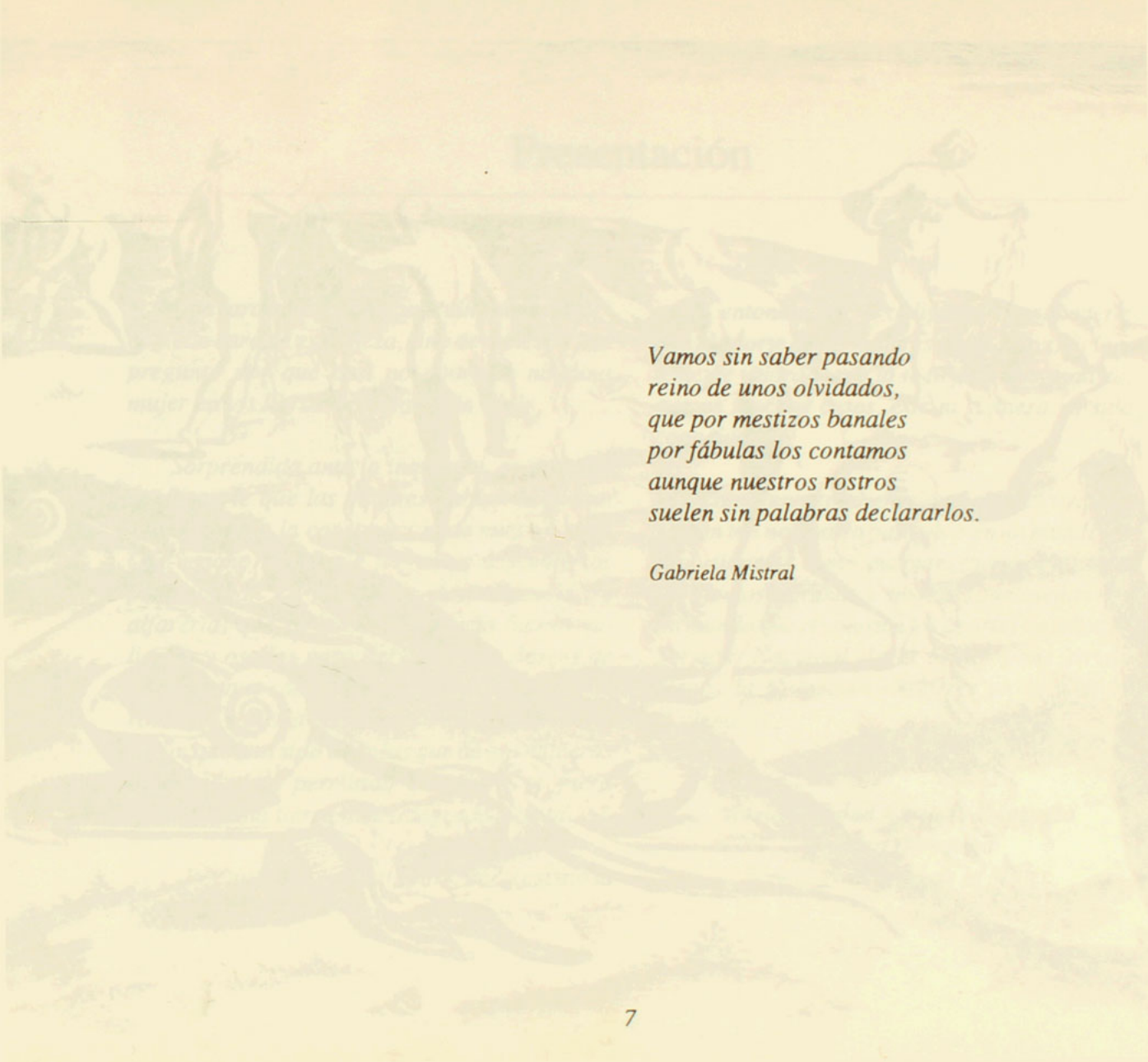
pág. 57

Bibliografía

pág. 60

"Dónde se ha visto en el mundo
lo que aquí estamos mirando.
Los hijos propios gimiendo
y los extraños mamando".

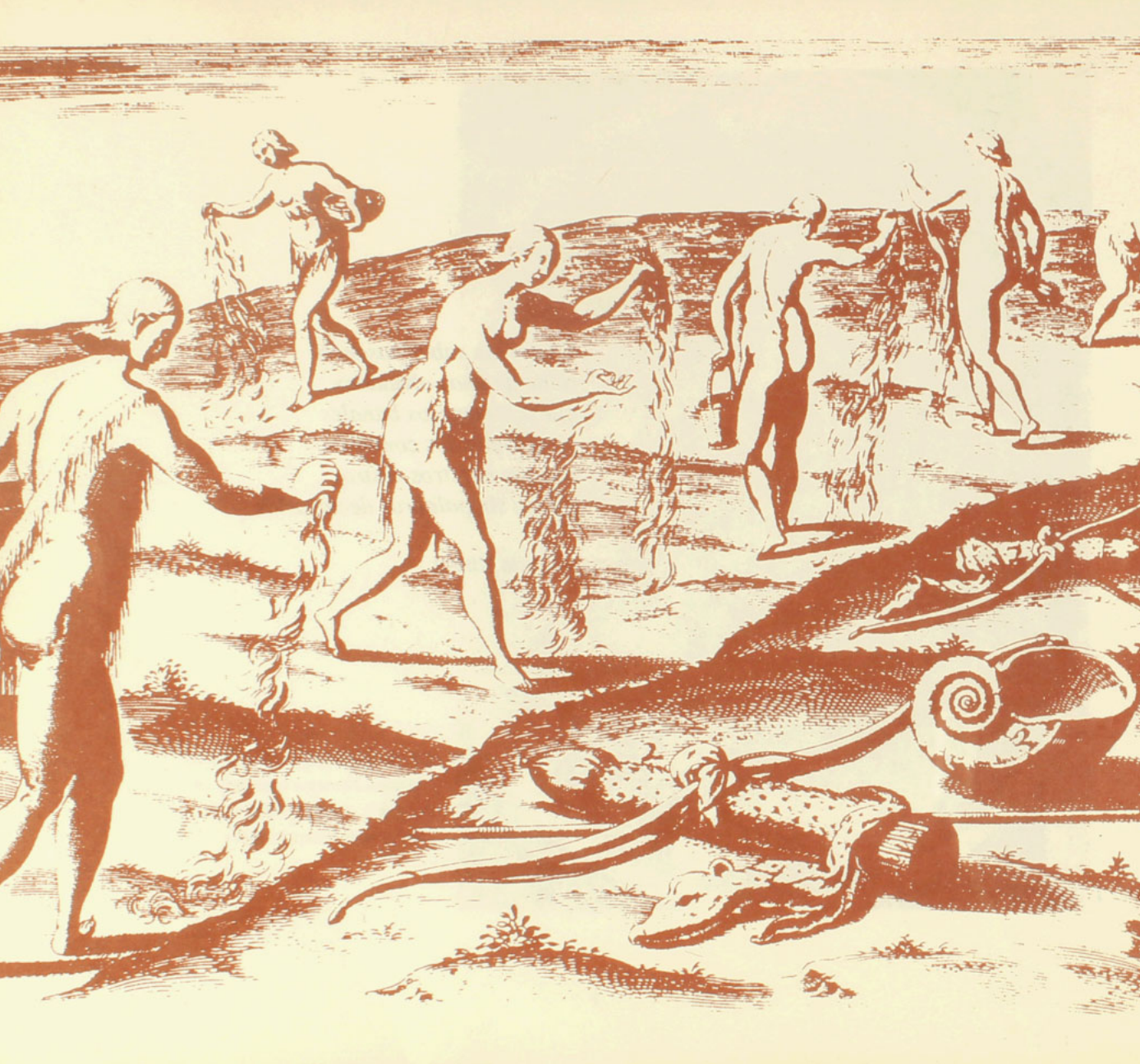




Presentación

*Vamos sin saber pasando
reino de unos olvidados,
que por mestizos banales
por fábulas los contamos
aunque nuestros rostros
suelen sin palabras declararlos.*

Gabriela Mistral



Presentación

Una tarde cualquiera una niña se me acercó y con cara de extrañeza, sino de molestia, me preguntó por qué casi no aparecía ninguna mujer en los libros de historia de Chile.

Sorprendida ante la inquietud, no dudé en confirmarle que las mujeres habían hecho un gran aporte a la construcción de nuestro país. Que mucho antes que fuéramos descubiertos participaban en las tareas de recolección y alfarería; que en la Independencia fueron valientes y osadas para declamar sus deseos de libertad; que con la llegada del siglo XX salieron a las calles a reclamar su derecho a voto... En fin que han sido ellas las que de mil maneras diferentes han permitido que Chile se fuera haciendo una tierra más integrada y justa.

¿Por qué entonces no aparecen?, insistió la niña.

Y entonces me vi obligada a responderle que el aporte de las mujeres no ha sido suficientemente valorado por la sociedad. Más todavía, que en muchos casos, éste ni siquiera ha sido conocido.

Como una colaboración hacia esa valoración tan necesaria para vivir en un mundo sin exclusiones, y como una manera de responder a los cientos de niñas y mujeres que sueñan con un mundo que reconozca los aportes de todos, el Servicio Nacional de la Mujer pone en sus manos la Colección «Mujeres en la Cultura Chilena».

María Soledad Alvear Valenzuela
Ministra Directora
Servicio Nacional de la Mujer



Introducción

Este libro es una invitación a realizar un recorrido sobre nuestros orígenes. Travesía que se emprende desde algunas hipótesis y pensamientos provisionales y que por ello, posee más la fisonomía de un bosquejo que de un cuadro perfectamente terminado. **Sangres cruzadas** habla del mestizaje, del proceso de juntura y de mezcla entre lo indígena y lo europeo, de las consecuencias de ese acoplamiento y del modo en que produjo una cultura particular: la cultura latinoamericana.

También en estas páginas se traza un posible dibujo sobre las formas en que la cultura

mestiza elabora los géneros, es decir, cómo construye socialmente lo femenino y lo masculino y la asociación de esas categorías con las ideas de presencia y ausencia, respectivamente.

Entonces, el viaje que propone este texto es una evocación y a la vez una actualización; un trayecto que desde el pasado sugiere luces y sombras para comprender el presente; un sendero que abre interrogaciones sobre los antiguos y nuevos moradores de nuestro territorio; por último, un camino virtual por donde deslizarnos en la compleja trama que ha bordado nuestra identidad.

He escuchado decir que 500 años atrás llegaron los españoles, y que estos españoles quisieron aplacar a la gente indígena, a quitar los derechos y al mismo tiempo menospreciarlo mucho. Ese es un error muy grande, porque ya que ellos vienen de fuera del país Chile, no deberían hacer eso. En vez de darse a cariñar y darse a querer, al contrario, vinieron a aborrecer la gente que vive nativamente, nacida en su tierra. En Santa Lucía, en Santiago, dicen que ahí estaban los primeros cabecillas que habían, así cuenta la gente indígena y entonces ahí empezaron a luchar, a pelear, a disputar. Todos mis tatarabuelos, mis abuelos, mi abuelo por parte de mi madre, también guerreó. Porque del río o del mar vienen los españoles, por allá, por acá entraron éstos;

no vinieron por el sur, sino que vinieron del norte. Por eso cuando empieza el viento norte empieza a decir la gente: "ya se enojaron los nortinos". Los españoles venían de España y los primeros eran una madre con siete hijos que llegó a Chile, según dicen la señora se llamaba Inés de Suárez. Esa vino a multiplicar la familia, hizo cruzar la familia con gente mapuche y así fue que después se empezaron a querer la gente. Eso fue más en el norte porque acá en el sur no fue bueno porque fue una vida muy triste y de bastante sacrificio, con mucho sufrimiento, con mucha mortandad de gente, que por luchar por sus tierras, por defender su patria se puede decir ellos murieron.

(Testimonio de Matilde Mariqueo, recopilado por Juanita Quidel).



1

El encuentro cultural

Chile, y el territorio latinoamericano al cual pertenece, es fruto de una singular gestación: la de ser producto de un cruce de sangres y símbolos. Parición de un nuevo ente que porta en sí mismo, simultáneamente, elementos de la cultura indígena, de la cultura europea, y a veces africana. Esto sucedió porque la conquista de América puso en relación a una variedad de sujetos que, aunque portadores de tradiciones distintas, tuvieron necesariamente que vincularse, dialogar, enfrentarse y no pocas veces amalgamarse.

Cuando nombramos 'encuentro' entre culturas a esa conjunción, no estamos omitiendo

que la puesta en relación de la pluralidad de sujetos se produjera sin crueldad, tropiezos y dominación. Precisamente la palabra encuentro connota contradicción, coincidencia de dos cosas en un punto, chocando una con otra; pero también sugiere el beso, el abrazo, el «hallarse» dedos o más personas. Así, al hablar de encuentro aludimos al contacto violento y amoroso de hombres y mujeres que provenían en algunos casos de culturas opuestas, en otros con semejanzas celtas y rituales. Será ese enlazamiento el que históricamente va a fundar nuestro continente. Vínculo de culturas y vínculo de sujetos, que en su conjunción constituirán algo inédito, distinto, ni indio ni europeo.



Mi papá nos conversaba a nosotras. Decía que cuando los españoles llegaron acá y descubrieron América del Sur estaba Cristóbal Colón. Cuando llegó ahí pelearon los mapuche con los españoles, entonces mi papá decía que no ganaron, sino que quedaron así no más y cuando llegaron los otros, la gente mayor, dijeron que quedaran en paz. Los españoles eran Cristóbal Colón, Inés de Suárez, Pedro de Valdivia. Que llegaron fue malo dice la gente, los mapuche. Pero en mi opinión no es muy malo porque en ese tiempo no sabía nada la persona antigua que estaba acá, no tenían adelanto. Pero son

inteligentes los mapuche sí, porque decían que tenían arado de pura madera; hacían las mujeres ollas de greda, con eso hacían platos para comer, cucharas, todo eso hacían. Antes la mujer sabía hilar también, hacían su chamal, le hacían a los hombres chiripas -no tenían como ahora tienen su pantalón- antes usaban sus puras chiripas; las mujeres tenían puro chamal no más, los brazos, el hombro dicen que no lo tenían tapado. Aprendieron a hilar, más antiguo hacían su ropa de puro cuero, cuero de animales. Las mujeres hacían trabajo igual como los hombres, ayudaban igual como los hombres, hacían cualquier cosa de leña. Antes que llegaron los españoles, las mujeres iban a buscar un pasto para teñir, dicen que tenía un fruto de roquito, con ese teñían, eso buscaban antes cuando no había colores, antes que llegaron los españoles. Después los españoles andaban vendiendo, vendían esa tinta, anilina. Entonces de a poco ahí, comprando, comprando, se enojaban entre mapuche y españoles.

(Testimonio de Matilde Painecura, recopilado por Juanita Quidel).

Sin duda la Conquista, el hecho de la Conquista, es un símbolo y como tal está sujeto a variadas interpretaciones y recreaciones. Es así como las miradas pueden converger en lo que se denomina la «leyenda negra» o la «leyenda rosada». En el primer caso, se trata de una lectura que muestra el arrasamiento de las culturas precolombinas, y por ende de los portadores de éstas, por parte de los españoles. La «leyenda negra» pone de manifiesto la guerra, la aniquilación, la violación y la subordinación. Sólo ve el lado nocturno del encuentro. En el segundo caso, lo que se privilegiará será una relación apacible, la imaginería del arribo civilizatorio a las poblaciones «bárbaras», salvajes; la inauguración de un «nuevo mundo» construido sobre pilares occidentales en donde lo indio habría entrado mansamente al «dulce yugo de la civilización». Esta leyenda sólo focaliza la atención en el perfil «blanco» del proceso de juntura.

Creemos que tanto la leyenda negra como la rosada se inscriben en una categorización e interpretación binaria de los sucesos, catego-

rización que anula o elimina la complejidad y el abigarramiento de las experiencias sociales y culturales que entrañó la Conquista.

Lo que surge como especificidad del territorio latinoamericano es justamente una cultura que es síntesis de dos (y a veces más de dos), y esos sujetos que en sus comienzos fueron en un mismo cuerpo dualidad y mezcla y que han ido dejando su huella en nuestros actuales rostros. Se podría pensar que este mestizaje no tiene ninguna singularidad puesto que muchos pueblos son mezclados biológicamente y que en varios se producen sincretismos, préstamos y cruces culturales. En relación a ello pensamos que para ninguna sociedad como la latinoamericana el mestizaje ha tenido mayor relevancia, pues es ese hecho el que la ha constituido y el que le ha dado particularidad a un **ethos** en donde clase y etnia serán categorías intercambiables, oscilantes, en donde lo blanco y lo no blanco bordarán el pensamiento y las conductas. Un mestizaje que es una experiencia simultánea de entrecruzamiento de lenguas, símbolos, historias y carne, sangre.



Dicen que cuando llegaron los colonos hicieron sufrir mucho a los mapuche, ¿no ve que Chile es tierra de puro mapuche? Tal como empezó de Santiago es tierra mapuche, todo lo largo de Chile es puro mapuche. Llegaron a cautivarlos los huinca que llegaron. Vinieron en un grupo, después se fueron y volvieron. Venían a buscar la tierra, la tierra la llevaban para su país, hallaron buena esa tierra chilena. Dicen que vinieron en un barco lleno de personas. Los mapuche prepararon entre ellos esos huaique para pelear, son como lanzas. Entonces pelearon los pobres mapuche. ¡Qué no le hacían los huinca! ¡Pobres las mujeres! Dicen que las cautivaban y hacían lo que querían las huinca con ellas, porque los mapuche no tenían armamento tenían nada más que esos huaique... A la mala vinieron, a la mala cautivaron a las pobres mapuche, porque a los maridos los mataban, quedaban solas, hasta la casa le quemaban, ¡qué no hacían!, así dicen. Daba pena escucharlos antes cuando conversaban entre ellos .

(Testimonio de Elisa Sandoval, recopilado por Juanita Quidel).

La dualidad, la mezcla, lo mestizo conviviendo con una unicidad (la europea) que pugnaba por ordenar el mundo desde su posición de conquista y poder, hizo que los latinoamericanos, desde nuestra fundación, nos viviéramos a partir de las diferencias que delimitaban lo «puro» de lo «impuro». Diferencias étnicas (de cultura y «raza»), diferencias de posición social, diferencias de género, todas ellas conformando una globalidad que estructurada desde el discurso de la dominación situaba a los sujetos dentro de una determinada jerarquía. Sin embargo, esa unicidad blanca, discursiva y oficial no necesariamente operaba con el mismo rigor en la existencia cotidiana. Por el contrario, y como lo veremos más adelante, hay grandes brechas entre los deseos y decretos del poder y la realidad vivida por los actores sociales.

Como es sabido, de la relación entre mujeres indígenas y hombres españoles nació el(la) mestizo(a), un ser indeterminado, problemático, bisagra entre dos culturas, sin pertenecer a ninguna de ellas. La peculiaridad del acoplamiento que hace surgir al híbrido latinoamericana-

no es que se trata de una unión libre, fuera de las sanciones matrimoniales indígenas y españolas. Por ello lo mestizo fue lo ilegítimo, el producto de una relación «fuera de la ley». Mestizaje e ilegitimidad van de la mano, se abrazan para formular una diferencia social y étnica. Siendo ése el origen de nuestras sociedades, las interpretaciones historiográficas tradicionales han puesto al conglomerado de mestizos, sobre todo en Chile, haciendo una opción por el padre o por la madre. En el primer caso, el planteamiento es que el mestizo se «blanquea» y se transforma en el criollo; en el segundo se aindia, se va al territorio rebelde, asume el bandidaje y la insurrección.

Nosotras sugerimos, por el contrario, que el drama que se anida en el proceso de mestizaje (y que luego lo caracterizará) es precisamente su represión, su ocultamiento, su enmascaramiento a través del «blanqueo»; negación de la realidad de que el(la) mestizo(a) es producto de ambos progenitores y que por tanto la opción por uno u otro es inútil: de dos fuentes se compone su cuerpo y su psiquis.



«...en sólo el lugar en que estaban los soldados recién venidos de España junto con los demás que tenía el maestro de campo, hubo semana que parieron sesenta indias de las que estaban a su servicio aunque no en el de Dios»

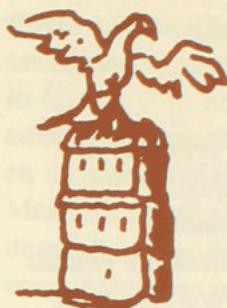
(Mariño de Lobera, p. 21)

«El Jesuita Bartolomé de Escobar cree que la plaga de ratones que coincidió con el nacimiento de sesenta mestizos en una semana en el campamento de Juan Alvarez de Luna, fue un castigo del cielo, desencadenado por tanta corrupción»

(Encina, Tomo IV, p. 163).

Lo mestizo, sin embargo, no sólo aparecerá en términos corporales. La cultura latinoamericana es una cultura mestiza y uno de sus rasgos es poseer un sistema de pensamiento que oscila constantemente entre lo blanco y lo no blanco. Así, los discursos y el habla de los sujetos se movilizarán desde un polo al otro dependiendo de las circunstancias y de los contextos. Alguien que en un momento se siente «blanco» deja de serlo cuando es categorizado por otro como no blanco. Ese es el caso de muchos mestizos que creyendo optar por el «padre español» (su lado blanco) fueron obligados a permanecer, por un asunto de clase y/o de ilegitimidad, en un estrato inferior, posicionándose entonces en el lado no blanco de la estratificación social.

Al comienzo dijimos que nuestra historia era un cruce de sangres y símbolos. La mezcla de los símbolos mediante un proceso de sincretismo (de unión de dos o más elementos para formar uno nuevo) ha particularizado también nuestro mestizaje. Uno de los signos más visibles y más definitorios se aprecia en el universo de la cosmovisión. Pareciera que en el encuentro los



«...los mestizos fueron, pues, producto de relaciones sexuales ocasionales, extramatrimoniales o concubinatos escondidos bajo la categorización de «indias de servicio», tanto que...en Perú el término mestizo pasó a ser sinónimo de hijo ilegítimo» (Osvaldo Silva, 1990, p. 16).

«Una determinada conducta que en un español se castigaba con multa, suponía para un mestizo, mulato o negro, pena de azotes en público o incluso cuando se imponía multa, se establecía la exhibición del reo en la picota. Si a un comerciante español se le imponía, por ejercicio de comercio prohibido, la pena de 20 pesos y la confiscación de las mercancías, los indios, negros mulatos y mestizos eran castigados con 50 azotes complementarios y el extrañamiento durante cuatro años» (Konetzke, citado por Osvaldo Silva, p. 17).



dioses masculinos de ambas tradiciones fueron opacados y que como en un eclipse del sol, la luna, como principio femenino, hubiera usurpado la luz apropiándose del espacio celeste. Y no es extraño, pues para muchas culturas indias la conquista significó la derrota o el abandono de sus dioses (sin olvidarnos que tanto indígenas como españoles bregaron junto a sus divinidades y que ellas eran decisivas en los asuntos de la guerra). El resultado del sincretismo fue que la imagen de la Virgen Madre se expandió por todo el continente; emblema de Virgen y Madre que en la mayoría de los casos retomó elementos de la religiosidad nativa y de la religiosidad europea: Guadalupe, Copacabana, La Tirana son algunos de los nombres que ilustran este suceso.

De este modo, podemos colegir que el mestizaje aparece como una marca cultural latinoamericana, como la impronta de una historia de encuentros y desencuentros que modela el **ethos** del territorio y le otorga una identidad singular. Originalidad dada por un sí mismo plural, como lo son los rostros y los cuerpos que habitan el continente; identidad en donde lo

diverso de los signos y los símbolos esculpe un ser de laberintos y recovecos; lenguaje en donde lo blanco y lo no blanco tejen las imágenes colectivas, las deshacen y las vuelven a construir en un juego infinito de dobleces y máscaras. Mestizaje móvil y envolvente de todo lo nuevo, desperdiciando constantemente la piel vieja como inútil ropaje del futuro.





«También les han quitado sus hijos e hijas... Y no ha faltado quien, no satisfecho de vivir enredado con cuantas chinas apetecía su desenfrenado apetito, que cogía también a la usanza dos y tres mujeres teniéndolas públicamente por tales en su casa»

(Fray Antonio Sors, p. 363).

«Ha llegado a tal punto la inhumanidad de estos malos (españoles)...que en ocasiones han abierto las indias preñadas como se acostumbra a abrir una res, y así abiertas, con los fetos y criaturas vivas las han echado río abajo...»

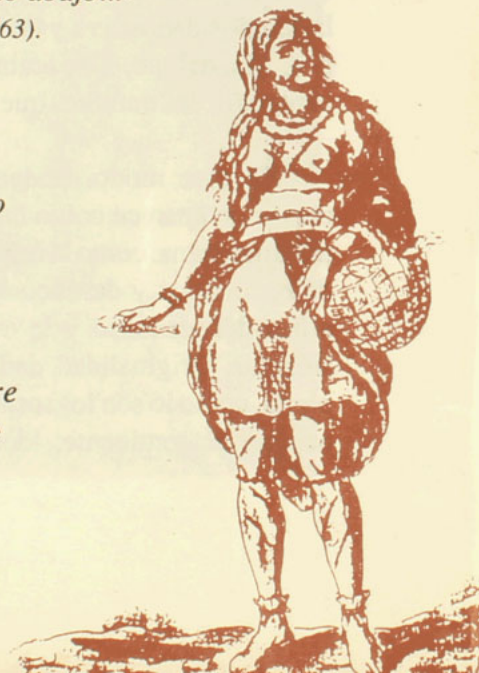
(Fray Antonio Sors, p. 362-363).

«Ellas traen una manta que les cubre desde la cintura hasta bajo de la rodilla. Traen los pechos de afuera. Son causa que se estraguen los hombres en la condición»

(Bibar, p. 38).

«Son fogosas y ardientes en la calidad, por lo cual andan siempre bañándose en todas las horas del día y en especial al amanecer»

(Quiroga, p. 20).





2

La conquista de las mujeres: las cautivas como alegoría de lo femenino

Del mismo modo en que la conquista surge como un símbolo sujeto a reinterpretaciones, sus efectos en el universo femenino precolombino son objeto de múltiples lecturas. Una de las visiones más extendidas es la figura de la mujer indígena, la madre de los(as) mestizos(as), como **la violada**. Así, el cuerpo de las nativas constituiría la metáfora inicial de la penetración violenta, de la conquista del «otro» en el mundo de la antigua Latinoamérica. También, el primer cuerpo vulnerable al cual se le puede infligir la muerte y la tortura con mayor atrocidad por ser una alegoría de la reproducción de la vida. El otro extremo es la figura de la mujer indígena **voluptuosa**, ardiente, seductora que se prendó

del español, que lo atrajo por encontrarlo hermoso y superior, en contraste con sus hermanos indios abatidos y derrotados. Esta es la figura de la india desnuda, de senos descubiertos, de mirada y sonrisa entrañable, la «buena salvaje» desprovista de los tabúes y restricciones de la cultura occidental.

La mujer indígena, ya sea mutada en lo femenino violado o en lo femenino seductor, emerge como una faceta nodal del discurso sobre la historia del mestizaje. Pensamos que violación y seducción aluden a un pensamiento que posiciona a la mujer como eje fundamental del nuevo escenario; ello porque las indígenas



«Y fue que persuadidos los indios a que los españoles eran dioses y que eran inmortales, quisieron hacer prueba de su engaño y salir de la duda que en esto había...y para hazer la experiencia les echaron algunas indias mozas y de buen parecer, muchas de las cuales salieron preñadas»

(Diego de Rosales, p. 395).

«...al ejército de la frontera de Chile pertenecía, desde su creación, un número no despreciable de mujeres que vivían y se movilizaban con la tropa. La mayor parte de ellas eran indias que habían sido traídas desde la Araucanía como esclavas tomadas en las malocas, y mestizas, fruto de las relaciones entre soldados y cautivas»

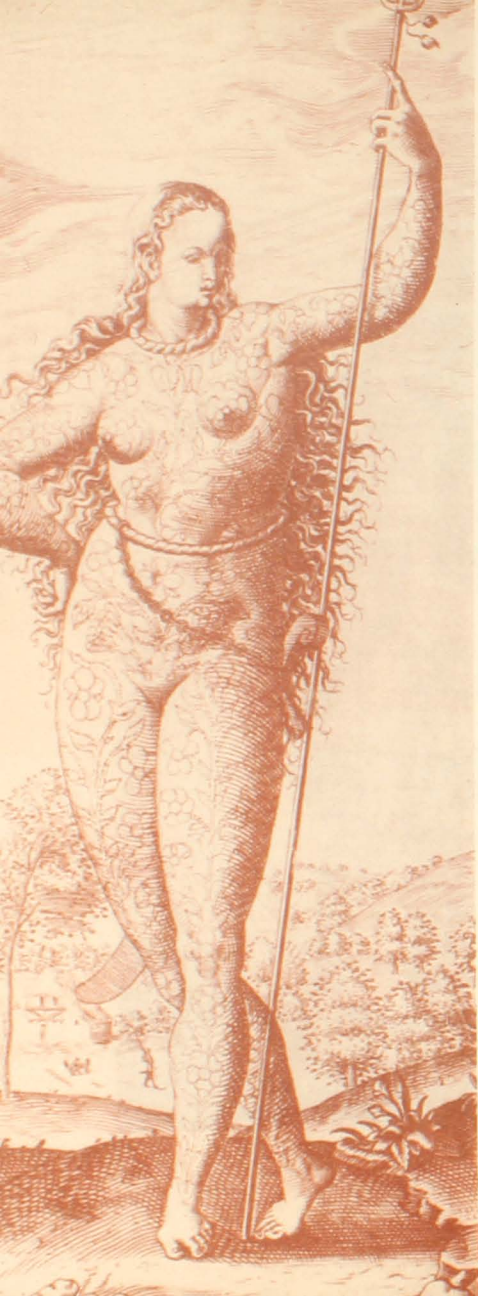
(Patricia Cerda, p. 142).

-y posteriormente las europeas- fueron durante todo el primer tiempo del encuentro la «moneda» y el «órgano» del intercambio, de las interrelaciones, de los nexos entre los pueblos nativos y el conquistador.

Regaladas como esposas, compradas como esclavas, presas en (de) guerra, principal botín de las incursiones bélicas, las mujeres sufrieron los avatares de un encuentro en donde ambas culturas entendían al género femenino como un «bien» poseído por los hombres o por un linaje de hombres. Eso es común tanto al universo nativo como al europeo. Las guerras de conquista, sobre todo en Chile, tuvieron como correlato el robo de mujeres por ambos bandos. La **cautiva** es la imagen resultante del destino femenino en el tinglado de la conquista y de su resistencia.

La cautiva india o española será la engendradora de mestizos ya sea en el territorio dominado por los blancos, ya sea en la tierra autónoma habitada por los indígenas. De este modo, las mujeres tuvieron un peso crucial en la amalgama de las sangres, sus cuerpos hicieron





«El fenómeno del mestizaje entre la raza conquistadora i la conquistada es universal e inevitable, puesto que una de las más codiciadas presas del vencedor es en todas partes i ha sido en todos los tiempos la mujer del vencido»

(Nicolás Palacios, p. 13).

«Notó el Gobernador en las campeadas el desorden de los que militan en esta guerra, pues son pocos los que sirven en ella con ostentación que no traigan dos indias o mestizas por criadas, y algunos más, las cuales aunque es verdad que para sustentar y hazer de comer y labar ...las reputan por necesarias, razones aparentes lo justifican diziendo que si no llevan criadas que hagan de comer, el servicio se pierde y también los caballos... como si en otras partes no se hiziesse la guerra sin mugeres y sin criadas, que si solamente sirvieran de criadas, fuera tolerable; pero ni ellas ni ellos se contentan con eso sino que usando de ellas para sus apetitos desordenados, va el exercito cargado de pecados y offensas de Dios»

(Diego de Rosales, p. 402-403).

de nexo y puente entre culturas, sus vientres procrearon a los nuevos moradores, su habla entregó símbolos y ritos, idiomas y conjuros, transmisión de técnicas y saberes.

Como es evidente, la exacción de las mujeres significa el máximo trofeo en las sociedades en donde lo masculino aparece como principio del orden. Trofeo polivalente: por un lado, expresa la derrota del «otro»; pero también el deseo de «estar en el otro», habitarlo, penetrarlo, contagiarse, ser de algún modo el otro a través de uno de sus miembros: las mujeres. Más aún, el ayuntarse y tener una descendencia con la mujer del otro es un desmentido a la desvalorización del enemigo; es, por el contrario, situarse en un plano de igualdad. En este caso, como lo dijimos anteriormente, podemos apreciar que las prohibiciones oficiales que condenaban estas cópulas constatan las diferencias de planos en que se mueve el «discurso de la ley» y la vida cotidiana. Porque si en el pensamiento común de gobernadores y autoridades eclesiásticas primaba la noción del indio como lo bárbaro, lo salvaje, lo inferior; en el oscuro objeto del deseo de la tropa, de los hombres comunes y corrientes

dominaba el anhelo de posesión de las mujeres indígenas y con ello el 'apoderamiento' simbólico del indígena como cuerpo social, la aceptación del otro a través de los vástagos mestizos.

La cautiva como nuevo rostro femenino del territorio latinoamericano dibuja muchos de los rasgos asignados al género en la cultura mestiza: será sirvienta, madre, concubina, manceba, trabajadora a tiempo completo, guerrera, mujer sola, productora y reproductora. Acantonada en el mundo del «otro», ya sea del español o del indio, jugará un papel central en el proceso del mestizaje racial y cultural. Así, la cautiva pudo haber sido la violada, pero también pudo ser la mujer que se asume, dentro de los códigos culturales de vencedores y vencidos, como el sujeto y el objeto del intercambio y el entretrejimiento de las culturas.

De este modo, la conquista de América podría leerse, metafóricamente, como una apropiación de tierras y de cuerpos en donde la seducción y la «conquista amorosa» tuvieron un papel importante. La imagen de la «conquista de



« La presencia de las mujeres en los fuertes fue prohibida en 1603 por el Gobernador Ribera por «inconvenientes a la moralidad», sin embargo....las continuas prohibiciones que se hicieron no tuvieron efecto. Las uniones ilícitas subsistían hacia fines de siglo ya que en 1648 el gobernador José de Garro mandó que los capitanes prohiban «los amancebamientos escandalosos y que con el pretexto de criadas se tengan en los alojamientos ningún tipo de mujeres y si hubiera alguna las echen de las casas dentro de ocho días»

(Patricia Cerda, p. 147).

«Las indias eran a la vez concubinas y criadas. Durante la paz cuidaban la casa, cocinaban, lavaban, tejían, confeccionaban el vestuario, regaban las hortalizas y auxiliaban en la cosecha... Durante la guerra, dos o tres de las más jóvenes y robustas acompañaban al amo para cuidarle y servirle»

(Encina, Tomo IV, p. 161).

las mujeres» restituye, por una parte, los robos tanto de españoles como de mapuche de un «bien» del enemigo y, por otra parte, saca a luz el peso fundamental de las mujeres en el proceso de conquista y de colonización.

Creemos que la «seducción» no fue un juego compuesto, como hoy podríamos entender, de halagos y caricias, sino más bien una aventura que combinó «adaptación», «aceptación del otro», con algo de fascinación (la que se produce ante lo desconocido) que a veces debió desembocar en el afecto y casi siempre en un movimiento de mutuas reelaboraciones. Para las cautivas indígenas y europeas significó subsumirse en los códigos de una cultura diferente y hacerlos dialogar con los de la propia; parir hijos marcados por su disimilitud con los de sus respectivas tradiciones: mestizos al revés y al derecho como han sido llamados.

Las cautivas españolas y las mapuche relatan una primera impronta cultural del mundo mestizo latinoamericano: la conquista de las mujeres como suceso que convierte, por un lado, al género femenino en bisagra de dos mundos, y

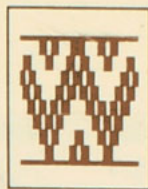
por el otro lo dota de una identidad múltiple: concubina, sirvienta, madre, esposa de un polígamo, manceba, madre soltera.

En esa identidad múltiple vemos a las mujeres como sujetos cruciales durante el período fundacional y en el desarrollo de nuestras sociedades. Sobre todo, leemos ese papel en la Zona Central y en el espacio fronterizo al territorio autónomo de la Araucanía. ¿Qué hubiera sido del ejército español en las dilatadas guerras de conquista al mundo mapuche sin la presencia de las mujeres indígenas, pródigas en atenciones, alimentos y cuidados?





«Rara vez se santiguaban religiosamente estas uniones (de indígenas y españoles). Son contados los casos en que aquello sucede; por ejemplo, el de Juan González, vecino de Valdivia, en 1555, parece ser el único matrimonio celebrado entre español e india que se ha podido descubrir entre los años 1540 a 1565, del que nació una hija llamada Agustina» (Imelda Cano, p. 22).



3

El mestizaje negado como rasgo de la cultura chilena

El proceso de mestizaje que se produce en el territorio chileno podemos definirlo como uno muy temprano en la Zona Central originalmente habitada por los mapuche-picunche. No podemos olvidar que este espacio había sido objeto, 50 años antes de la llegada de los españoles, de la penetración Inca; penetración que tuvo como corolario una serie de mezclas y sincretismos culturales, tanto en el plano religioso (adoración al sol y a la luna) como en el de la organización social (existencia de «curacas» y de mitades). Así, los mapuche-picunche habían tenido la experiencia del «otro», conocieron el pago del tributo y la sujeción a un centro.

La invasión española descalabró el orden de este pueblo que, aunque resistió, fue sometido al dominio europeo. La instalación, mayoritariamente masculina, de los españoles en la Zona Central de Chile, propició su pronto y extendido acoplamiento con las mujeres mapuche-picunche, fuera del que ya traían en sus cuerpos y en su memoria con las yanaconas, quechuas y huarpes.

Por eso, decimos que las primeras madres de los(as) mestizos(as) chilenos(as) fueron las mujeres mapuche-picunche; primeros vientres que albergaron los frutos híbridos, que escul-



pieron los rostros duales, los cuerpos mezclados.

La resistencia de los mapuche del Centro Sur de Chile creó una frontera que por varios siglos caracterizó a nuestro territorio. Las permanentes incursiones a la «tierra» implicaron, como ya lo hemos dicho, el robo y apresamiento de mujeres mapuche (y niños), las cuales como esclavas y cautivas eran trasladadas a la Zona Central pasando a ser sirvientas, mancebas y trabajadoras de los españoles. Esas mapuche cautivas fueron la otra vertiente del mestizaje que se produjo en este espacio, los otros vientres que procrearon a los(as) mestizos(as) y también las principales portadoras de los préstamos culturales: las «nanas» indias que socializaron a los niños españoles y que, junto a sus amas, dibujaron el cotidiano colonial y chileno.

También la línea de la frontera, ese lugar de bordes, de límites, y por tanto simbólicamente de ruptura de límites, fue escenario de los acoplamientos entre hombres españoles y mujeres mapuche. Ayuntamientos que tuvieron como

producto nuevos(as) mestizos(as) y cruces culturales que le darán una fisonomía particular a la zona.

El recorrido que hemos realizado nos muestra, entonces, un movimiento que encierra y expande el mestizaje de los hombres europeos con las mujeres indígenas; mestizaje éste denominado «al derecho» y que va desarrollándose topológicamente desde el centro a los bordes fronterizos y desde esos bordes al centro en un latido intermitente.

Nuestra hipótesis es que ese mestizaje funda lo chileno, lo va hilvanando a través de la historia con diferentes hilos. Trama que toca las sangres, pero fundamentalmente la cultura: al comienzo la profusión de mestizos(as) se suma a las demás diferencias que surgen en el territorio, pues en él ahora habitan sujetos europeos, indígenas, negros, mulatos, etc., y cada uno de ellos tendrá una ubicación en las jerarquías sociales de acuerdo a su pertenencia a uno u otro segmento. Posteriormente, el y la mestiza son la realidad mayoritaria que habita el espacio cultural chileno.



«Diré lo que me pasó con una india que era mi maestra de labor y de gran rason a quien mi tía me entregó que me enseñase labor. Diome un día por ella un coscorrón, y fue tanto lo que sentí esto, que lloré con grave sentimiento de que la india tuviese tal atrevimiento, aunque a ella no le dije nada...Por eso tuve en ella un tormento: todos los días debíole decir algo mi tía que no me pegase, y fue para más atormentarme, porque todos los días cuando iba a la labor tenía reprección dándome por baldón que las señoras que no querían que les diesen las indias solas labrarían, que no las habían de enseñar las indias»

(Ursula Suárez, p. 113).

El estigma de ser mestizo, sin embargo, será el que otorgará un sello particular a su condición. El rasgo cultural que emergerá como definitorio será la negación del mestizaje, la negación del origen en la madre india y el padre español, supliendo ese origen por un «blanqueo» mítico que se perderá en la noche de los tiempos. Por ello cuando se sostiene que los mestizos que optaron por el padre (español) adoptaron su cultura, y los que optaron por la madre (mapuche) la de ella, la imagen que se desprende es que Chile debió ser -al menos hasta la Pacificación de la Araucanía (1881)- en la Zona Central europeo, español, blanco y en la Zona Sur indio, mapuche, cobrizo.

El mito de las opciones es el que erige un relato de fundación equívoco que oblitera y esconde el evidente mestizaje biológico y cultural que nos modela. Creemos que ese mismo mito del blanqueo es el que demuestra cómo lo mestizo nos define, porque hacerse el blanco es simular ser lo que no se es, y basta conocer nuestra historia para darnos cuenta que europeos no somos. El gesto de ponerse las ropas,

aprender el idioma, retener los rezos, copiar los ademanes del «otro» (del que aparece como superior) sin tomar en consideración que la pose, el acento, la imagería no son de uno mismo, es un rasgo de la cultura mestiza. Imitar, teatralizar, aprenderse de memoria los parlamentos, es su correlato.

Por otro lado, como lo español, lo blanco, eran (y siguen siendo) sinónimo de dominio, poder, riqueza, y lo indio, mestizo o mulato, sinónimo de subordinación, servidumbre y pobreza, es obvio que un(a) sujeto(a) mestizo(a) para salir del estigma buscara la solución en la «asimilación», en el blanqueo, constituyendo esa salida un elemento que definirá la cultura y el **ethos** de nuestro territorio. Así, los sujetos de esa experiencia de simulación, portarán una memoria que se irá transmitiendo por generaciones y que conformará la cultura mestiza chilena.

Por eso, el «ser mirado en menos» -que supone la impronta del mestizaje y de la subordinación social- implicará el juego cons-



«Querida hijita:

*Por el rótulo comprenderás que ésta viene de alegría y que ya estoy sana. Cuando se dan recetas para las enfermedades el curandero o el **meico** deben estar posesionados de lo que dicen, y para alegría de los enfermos deben hacerles todo nada... Para las mujeres de estos arrieros que se aplique purgantes de trique; para purificar la sangre cachanlagua, y que se laven con agua de toronjil cuyano bien cocido. Que sirva de escarmiento a los que vengan con las mulas en el otro arreo; pero el hecho es que siendo hombres no pueden estar en los pueblos con la cautela y delicadeza que en sus tierras; por lo demás que paguen su pecado por golosos. Siendo todos los hombres más o menos iguales, ¿no es cierto, hijita, que no hay animal más puerco que el hombre en esa materia? ...A los otros dales a pasto agua de pila-pila, que es muy fresca... y esta receta vale más de real y medio, valor que piden los **meicos**. Para el chavalongo dales natri y aplícales sinapsismos de mostaza, fuertes y cada vez más fuertes... ¿Qué tal es tu madre como **meica**?»*



(Carta de Adriana Montt a su nuera Mercedes, en su hacienda Codigua, Santiago, 1823. En, Vergara, pp. 130-31-32).

tante de «ser más» por medio de la representación (ostentación), de la adopción de los signos del poder; pero siempre quedará en el interior el sentimiento de «no ser», un poco la vergüenza, un poco el recuerdo, un poco el color materno, un poco el acento que como en sordina va diciendo que la copia de la copia se transforma en fantasía. La represión de los orígenes es la marca del dramático destino que eligieron los(as) mestizos(as). Así, creemos que la pretendida opción por el padre español en Chile no es más que otro gesto del barroco latinoamericano. Levantar el mito de que no somos mestizos culturales y biológicos, es casi equivalente a la creación de una pintura en donde se muestran episodios de la vida de Cristo al más puro estilo de la pintura europea, con la salvedad que todos los personajes poseen rostros indios y la corona de Jesús es un Sol.

Finalmente, es de relevancia señalar que en el proceso de mestizaje cultural la relación entre la indígena y la española o la mestiza de posición superior ha sido fundamental. La mapuche sirvienta, la «mama», la madre supletoria, ha dia-

logado con su patrona; ambas se han transmitido saberes, tradición oral, prácticas aprendidas desde antiguo que constituirán y darán perfil a la cultura mestiza. La «lengua» de las mujeres será entonces un vehículo, quizás el más valioso, de transmisión y juntura de valores. En el espacio del hogar, del estrado, de los patios, de las habitaciones, los traspasos de conocimientos entre mujeres de culturas disímiles, los afectos y también las diferencias se han anidado. Allí entonces podemos apreciar que lo negado por el «discurso oficial» se hace carne, desmintiendo el «blanqueo», mostrando el lenguaje amalgamado, los cruces y encuentros, la síntesis entre dos mundos.





«Cada soldado acaparaba las mujeres que podía... dentro del tipo de vida que llevaba, no le inquietaban ni la crianza ni la alimentación de los vástagos. Cada india criaba, sin ayuda del padre, los que le nacían»

(Encina, Tomo IV, p. 160).

«La mujer aborígen cuenta poco. El soldado la reemplaza fácilmente por otra u otras, al azar de sus andanzas y de su capricho; y ella, habituada al régimen de la poligamia, recibe a la recién llegada exactamente como lo hubiera hecho dentro del matrimonio aborígen, cuando no quedaba enteramente abandonada...»

(Encina, Tomo IV, p. 161).



4

La madre sola y el padre ausente

El proceso de mestizaje que acaeció en Chile Central tuvo varias consecuencias culturales y sociales, fuera de las que ya hemos descrito. Una de las fundamentales, a nuestro juicio, fue la de haber esculpido una imagen que se ha ido desdoblado en el tiempo y que da espesor a nuestra identidad colectiva e individual: nos referimos a la silueta de la madre presente y del padre ausente.

Los orígenes de esa diáda se afincan en las formas en que se produjo la conquista y colonización de nuestros territorios. Como hemos visto, españoles y mujeres mapuche engendraron -forzada o tiernamente- a los mestizos chile-

nos, a los primeros y singulares habitantes de esta tierra que formó parte del «nuevo mundo». Ello no tendría nada de particular si no posáramos nuestra mirada en cómo es que esos(as) mestizos(as) fueron acogidos, socializados y acunados; cómo se definió su parentela, su parentesco, cómo obtuvieron su patronímico. En definitiva, en qué figuras encontraron un espejo para reproducir sus gestos, en qué nombres encontraron el propio como deseo antiguo de trascendencia.

Si nos aventuramos en el camino de esa mirada podemos apreciar que los modos del ayuntamiento del hombre español con la mujer



«En marzo se fue para abajo en el mismo caballo alazán. Cuando salió se alojó en las Sieneguillas, en casa de Berna Barrientos. Al otro día salió y fue a lojar al Portezuelo de Durán, donde un ovejero... y al otro día fue a lojar a Puanuple, lugar donde habitan sólo ladrones, y no comerció... Al siguiente día fue a parar a las Piedras de Amolar, donde Domingo Moreno, y al día siguiente a la orilla de Cauquenes, donde un hombre que no conoce... De allí fue a lojar a Tucapel, donde Domingo Albornoz, estuvo como dos semanas, y se fue para la orilla del Maule donde su tía Mercedes. Allí estuvo como quince días y dejó el caballo alazán y en una bestia de su primo fue para Mingres.

(Declaraciones del peón Juan José Jaque al escribano militar, Intendencia de Concepción, 1840. En Salazar, p. 6).

mapuche fueron en su casi totalidad relaciones libres, no sancionadas por la ley, fruto del concubinato y del amancebamiento. Así, el nacimiento del mestizo estará signado por una sexualidad no constreñida, por progenitores que no son esposos -en términos del matrimonio indígena y español- y por una «familia» que carece de algunas figuras.

Así, el mestizo nacerá al mundo en un estado de ilegitimidad que va a definir su identidad, su ser y que, creemos, será una de las causas fundamentales de la negación de su origen dual y del olvido de su procedencia; rasgo que como dijimos caracterizará a la cultura mestiza chilena. Ser hijo o hija ilegítimos, «naturales», huachos, delineará el comienzo oscuro, ambiguo, «orgiástico», de un linaje de sujetos que no poseen la historia india ni la española, pero que se nutren, en su marginalidad, de ambas.

De este modo, la ilegitimidad -el huacharaje en términos usados por el mundo popular- es un elemento propio del ser mestizo. Ilegitimidad

que se traducirá en una madre mapuche que asumirá el rostro materno y paterno, mujer sola que acunará a sus vástagos, los alimentará, les enseñará, al comienzo en media lengua, el idioma de su padre mezclado con el de sus abuelos maternos. Esa madre siempre presente, será el referente, el espejo, el refugio, la única tierra sólida que los mestizos encontrarán en su existencia fracturada y estigmatizada.

Y eso fue así porque el «padre» español no asumió su progenitura, toda vez que las uniones con las mapuche y posteriormente con las propias mestizas no estaban canonizadas, no se sujetaban a la ley. Por ello, el padre fue un ausente de estas «familias» en donde el «tercerro» necesario para conformarlas no estaba, ni aparecía, ni reconocía a sus descendientes mestizos.

Se suma a lo anterior la vida movediza y migratoria de los hombres en la Conquista y Colonia. Por un lado, la guerra de Arauco obligaba a grandes contingentes a desplazarse durante meses al sur de Chile; por el otro, el



«Estimado Padre has mucho tiempo que no savemos de V. asi es que le suplica mi madre qe le escriba sin perder tiempo si como le va por alla asi para qe tiempo viene le anoticio que mi madre esta mui enferma i nuestra casa se quiemo asi es qe vivemos abajo en una casita qe acomode como pude i pues e vendido mi cavallo i montura pa conseguir tablas para comodar una casa para vivir y poner nuestra comida sin mas deseamos su mejor salud i felicidad i rresiva memoria de mi madre i toda la familia su hijo que B. deseo. Crisanto Villarroel, P Montt Julio 5 de 1969»

(En Salazar, p. 7).

cuidado de las haciendas y de las minas suponía también el traslado de los hombres, fueran éstos los dueños (encomenderos) o los trabajadores (encomendados). Así, este universo masculino andariego y móvil supuso la ausencia de su imagen en los espacios de la socialización, del afecto, de la pareja.

Pensamos que la figura de la madre sola y del padre ausente será una alegoría que se irá transmitiendo, que cruzará períodos como una memoria, un símbolo, un lenguaje con el que la cultura mestiza chilena reactualiza sus orígenes.

Siguiendo el camino que se propuso nuestra mirada, vemos al mestizo brotando de un lugar en donde lo femenino copa los intersticios de la vida, lo materno-femenino como el eje de una «familia» ilegítima y lo paterno-masculino como una ausencia que restituye, cotidianamente, el estigma bastardo de la prole. La identidad de los sujetos, dentro de esa constelación familiar se verá tensionada por los signos de la presencia y de la ausencia, por la madre como fuente segura de la procedencia y por el padre como virtualidad del origen.

Creemos que la figura simbólica que hemos descrito -nacida de la particular historia de nuestros países- va a tener una enorme gravitación en la construcción social de las diferencias entre hombres y mujeres, es decir, en la constitución de los géneros en la cultura mestiza. Así, lo femenino, las mujeres, se identificarán unívocamente con la madre, con la presencia; lo masculino, los hombres, con el ser hijo y con la ausencia.

La mujer-madre-presente y el hombre-hijo-ausente serán las categorías que la cultura mestiza borda para diseñar las relaciones entre los géneros. Y decimos hombre-hijo y no hombre-padre porque lo paterno está definido en la ausencia, y lo hijo, la relación filial será la que prime en los vínculos entre mujeres y hombres.

Como podemos apreciar, las consecuencias de la historia del mestizaje en nuestro país pesan en la conformación de una cultura singular y en los modos en que los sujetos, hombres y mujeres delinearán sus existencias. Podemos decir que la forma en que el mestizo sale a luz marcará el



«Rosa Verdugo... digo: siendo viuda pobre y con hijos... implorar el favor de darme un sitio para trabajarlo en el término de seis meses y hacer una huertecita que me proporcione el mantenimiento para mis hijos. A ruego de Rosa Verdugo.»

(Archivo del Cabildo de Concepción, 1854. En Salazar, p. 18)

«drama» de nuestra identidad y hace comprensible el deseo de su negación, el anhelo del «blanqueo».

Sin lugar a dudas, las relaciones de género que propone la cultura mestiza deja tanto a hombres como mujeres en una situación de soledad, en una posición desequilibrada; la memoria del huacharaje, presente en la gran mayoría de las familias, coloca el problema de la ilegitimidad y de la paternidad en escena. Presencia y ausencia, plenitud y vacío serán los espacios que transitarán y los modelos que tendrán hombres y mujeres para edificar sus vidas.

La madre sola y el padre ausente será asimismo una imagen que se reproducirá en el tiempo, con distintos visajes y con diversidad de sentidos cruzará clases y etnias. Así por ejemplo, pasado el período de conquista (el de la «conquista de las mujeres») e instaurada la Colonia en el centro del país, el arribo de mujeres españolas y la preocupación de la Corona y de las autoridades eclesiales por regular el matrimonio, tuvieron como corolario la instauración

de la familia «occidental» y legítima, el casamiento de blancos con blancas, la llegada del «orden».

Sin embargo, se producirá un fenómeno que también tendrá efectos en la conformación de la cultura mestiza. Nos referimos a la institución de la barraganía. Esto es, que mientras esos matrimonios canonizados y dentro de la ley desarrollaban su existencia, simultáneamente el padre de esa familia (generalmente española) tenía otra ilegítima, con hijos e hijas huachos, o bien era padre biológico de varios hijos de sus sirvientas-concubinas.

La barraganía va a definir así otro rasgo que se suma a las características de la cultura mestiza chilena: una imagen en donde todo parece ser lo establecido, lo normal, lo legal; pero cuya contracara revela lo contrario. Lo que se valorará y surgirá como lo aceptado será esa representación de «normalidad». Todo simulará el «respeto» al orden institucional, sin embargo se mantendrá tras esa apariencia una existencia otra, que niega los valores que asume la primera. Así, la ambigüedad, la apariencia, el equívoco,



los «tupidos velos», caracterizarán a nuestra cultura y, junto a la negación del origen mestizo y el consecuente blanqueo, suturarán las heridas abiertas en los inicios de la historia de encuentros y desencuentros entre indios y europeos.

Superada la Colonia y entrando a la vida republicana, la figura de la madre presente y el padre ausente pervive, así como la imagen del huacho. La hacienda como estructuradora del orden social también cobijó en su interior la relación sexual fuera del matrimonio, generalmente del patrón o de sus hijos y parientes con las inquilinas de sus propiedades. El derecho a «pernada» que les daba su posición sembró el campo chileno de hijos e hijas ilegítimos, de huachos que llevaban el color de los ojos de su padre y el del rostro de su madre.

Pero no sólo en la hacienda, sino que también en la pequeña y mediana propiedad campesina la madre sola y el padre ausente, los vástagos ilegítimos, poblaron y desarrollaron su existencia. Ya en las primeras décadas del siglo XX, esa estructura aparecía asimismo en la ciudad, sobre todo en el universo popular, reve-

lando ese posicionamiento de la cultura mestiza que asigna para la mujer la presencia, y para el hombre, la ausencia.

De esta manera, los procesos de mestizaje desatados por el hecho histórico de la conquista y colonización fueron conformando una cultura amalgamada y sincrética, que creemos, en el caso de nuestro país, se caracteriza -entre otras cosas- por el ocultamiento del mestizaje, por el culto a las apariencias (a lo que se ve) y por una peculiar asignación de géneros: mujer, madre, presencia/hombre, hijo, ausencia.



«Porque los indios no dejaron piedra que no moviesen para inquietar todo el reino, enviando la flecha a los indios yanaconas, i encomendados de la Concepción i Santiago, i por todas partes querían que entrase la discordia. En la ciudad de Concepción harto miedo se tuvo, de que ya venían los indios a saquearla i robarla para llevarse cautivas las españolas i tener mujeres blancas que les sirvan de que siempre han hecho gran aprecio; i el mejor i mayor despojo, que ellos han intentado sacar de sus alzamientos, ha sido el cautivar españolas... Hasta el cacique de Melipilla, doce leguas de Santiago, se dijo que había blasonado i dicho que se había de casar con la gobernadora»

(Miguel Olivares pág.: 548. En Rolf Foerster, p. 4).





5

La mujer del «otro» y el mestizaje al revés: las chñurras

Si las cautivas indígenas posibilitaron el nacimiento del mestizaje al «derecho» que funda, como hemos visto, la vida chilena de la Zona Central; las cautivas españolas hicieron posible el nacimiento de otros mestizos, «revés» de los primeros. La propia denominación de «derecho» para el hijo de español y mujer mapuche; y de «revés» para el de española y hombre mapuche nos habla de las valoraciones que unos y otros tenían y del juego metafórico que encierran esas formas de nombrarlos. El derecho de algo, generalmente de una tela, es lo que aparece a la vista, lo «mostrable», lo de «afuera»; el revés por el contrario es lo interior, lo de «atrás», lo que no se muestra. El interior, el

revés, no debe ser mostrado pues cuando se trata de una prenda oculta los dobleces, los hilvanes, las hilachas, es decir todo aquello que hace posible que el derecho aparezca como tal. Pero también «poner algo al revés» es provocar un desorden, es «dar vuelta», es mostrar una cara similar, pero distinta del modelo aceptado. Así, mestizaje al revés y al derecho bordan el juego de oposiciones con que se ha comprendido el entrecruzamiento de indígenas y europeos en nuestro territorio.

Las cautivas españolas, las **chñurras** (mapuchización de «señora huinca») fueron las madres y las esposas, normalmente, de caciques

«Abundaban estas ciudades perdidas de mujeres blancas y de calidad, y habiendo quedado las más cautivas, fueron el cebo de la lascivia de los bárbaros, quienes al principio con violencia, y después con voluntad se hicieron dueños de todas, y sus hijos son los enemigos más implacables de los españoles. Estas cautivas, como el trato muda costumbres, luego se conformaron con su suerte, y les pareció lo feo hermoso, y lo asqueroso aliñado tanto, que habiendo sacado a algunas del barbarismo, clamaban por volver a él, y hubo quien se volvió a los indios huyendo de los españoles»
(Gerónimo de Quiroga, pág.: 133. En Foerster, p. 6).



o **ülmenes** (hombres ricos) y a diferencia de las cautivas indígenas eran incorporadas a la sociedad mapuche con el status de esposas casi siempre de un polígamo. Así, los mapuche no marginalizaron ni dejaron en un lugar de subordinación a la «mujer del otro», sino que la posicionaron dentro de su comunidad y linaje como lo hacían con sus propias mujeres. Este hecho muestra un rasgo distintivo de los «cautiverios femeninos» de la Colonia.

Esas **chiñurras**, como sabemos, eran uno de los más preciados botines de las malocas. Apropiarse de las mujeres del enemigo siempre ha sido para los guerreros un símbolo de victoria para el ganador o de humillación para el vencido; pero también -y sobre todo en este caso, como lo hemos expresado- se puede leer como el deseo de aceptación y apropiación del «otro». La cautiva española era apreciada asimismo por su gran valor de cambio en los canjes de prisioneros y en los trueques entre indígenas, como por ejemplo los que se hacían entre mapuche y pehuenche.



«...la cautiva, aun sin los horrores de la guerra total, seguirá constituyendo la mejor «presa» real del roce fronterizo que se vive hasta casi fines del siglo XIX. Válido y vigente aún para la temática literaria o plástica de ese siglo y la del presente. No podíamos dejar sin mención el hermoso cuento de Jorge Luis Borges «Historia del guerrero y la cautiva», en donde hace un paralelo y una suerte de trastocado destino común, entre el bárbaro Lombardo Droctulft que tras el ataque a Roma muere defendiéndola y el de una cautiva inglesa de los indios ranqueles que luego de afrecérsele quedar en el puesto fronterizo argentino responde, con soberbia, bebiendo en el suelo la sangre de un cordero recién degollado.»

(Boldrini, pp. 34-35).



Del mismo modo en que la esclava mapuche transmitía sus costumbres a sus hijos, la cautiva entre indígenas debió haber introducido numerosos elementos culturales a su descendencia. El tipo de cautiverio, el aprendizaje de las pautas de la otra sociedad, el trato prolongado con los mapuche, la adopción del **mapudungun** (la lengua de la tierra), influyeron para que numerosas de estas mujeres, cuando tenían la posibilidad de ser «liberadas», optaran por permanecer en el espacio indio, en el territorio «salvaje», no domesticado de la Araucanía.

Las españolas, entonces, fueron altamente estimadas por sus captores; las mapuche, en cambio, no poseían el mismo prestigio que éstas en la sociedad **huinca** (no mapuche). Pero, para ambas la sujeción debió haber sido dolorosa. En el caso de las europeas, ser objeto del robo -como simulacro ritual o como realidad- estaba fuera de las costumbres e implicaba una enorme violencia. Para las mapuche, socializarse en la virtualidad de ser robada era parte de su identidad; mas su estatuto, cuando así ocurría, no implicaba ni la servidumbre, ni el amancebamiento, ni la ocupación de los sitios



«Veis aquí, capitán, los más cautivos españoles que andan entre nosotros, el tratamiento que tienen: comen con nosotros, beben con nosotros, visten de lo que nosotros, y si trabajan, es en compañía nuestra... ¿Por qué los españoles, pregunto ahora, nos tienen por tan malos como dicen que somos? pues, en las acciones y en sus tratos se reconoce que son ellos de peores naturales y crueles condiciones, pues a los cautivos los tratan como a perros, los tienen con cormas, con cadenas y grillos, metidos en una mazmorra, y en un continuo trabajo, mal comidos y peor vestidos, y como a caballos los hierran en las caras quemándolos con fuego»
(Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1863, pág.: 330).



más bajos de la comunidad. Sin duda, como lo consignan muchos cronistas, para las «blancas» la prisión significó ver al otro de una manera distinta, puesto que las que antes eran sus criadas, ahora podían ser sus semejantes, sobre todo si eran, por ejemplo, co-esposas del hombre con que ella procreaba «mestizos al revés».

Los «mestizos al revés», los hijos e hijas de las cautivas, no fueron objeto de la discriminación que padecieron los vástagos «al derecho» en el territorio de Chile Central: heredaron el nombre de su padre y con eso la legitimidad de pertenecer a un linaje y por tanto gozaron de los mismos derechos que cualquiera de sus hermanos. Incluso, llegaron a ser caciques, **lonkos**

(jefes) y **konas** (guerreros) y las mujeres en tanto descendientes de **chiñurras**, pasaban ellas mismas a adquirir tal rango.

Ya sea entre indígenas o peninsulares la imagen de la cautiva española ocupa un sitio de mucha importancia en el universo simbólico. Para unos, fue objeto de intercambio, apropiación del enemigo, esposa de prestigio; para otros, el emblema de las derrotas sufridas, el rapto y la humillación, y también la figura romántica y mítica de la blanca, mujer hermosa condenada a vivir entre salvajes. Recuerdo nostálgico de una historia en donde la guerra signó las relaciones entre mapuche y españoles y el robo de mujeres marcó para siempre el devenir del territorio.





Corolario

El episodio de la conquista española en las diversas tierras del Nuevo Mundo trajo consigo un hecho crucial para la cultura latinoamericana: fundó un nuevo orden, distinto al indígena y al europeo, un orden mestizo.

En el caso chileno, las mujeres mapuche y las españolas fueron sujetos centrales del advenimiento del **ethos** mestizo. Ellas fueron bisagra entre las dos culturas que se encontraban, territorio del amor y de la violencia, «monedas» del intercambio entre grupos de hombres, procreadoras de los mestizos al «revés» y al «derecho». Madres cautivas de hijos en un caso legítimos y en el otro ilegítimos; pero sobre

todo, catalizadoras de los sonidos del otro y prodigadoras de los suyos propios. Ese movimiento de recoger y desplegar es lo que permitirá la conjunción, los sincretismos y los diversos procesos de traspasos culturales que conformarán el mestizaje.

Así el cuerpo y el habla de las mujeres fueron claves en la gestación de la vida y de la cultura mestiza. En la Zona Central del territorio chileno, la historia del mestizaje produjo una categorización de géneros en donde presencia y ausencia aparecen como atributos de lo femenino y de lo masculino, respectivamente; cualidades que se asocian, a su vez, a madre y padre. La

ausencia paterna generará una imagen del hombre como hijo, pues en el vacío de Pater el niño se identificará como vástago de una madre, identidad que lo modelará y que sólo mutará cuando él mismo se transforme en un migrante, un ausente del espacio en donde ha fecundado otro que como él recorrerá el mismo ciclo.

Sangres cruzadas, verbos confundidos, sutura de elementos disímiles, aglomeración de nombres y destinos. La historia de un encuentro, hace ya varios siglos, restituye la sombra de unas siluetas que, antepasadas nuestras, se desdoblán y ejecutan un parlamento que narra parte de una experiencia compartida y transmitida como mito, símbolo, alegoría. Sangres cruzadas es también el pacto de dos o más que guardando un secreto (el de los orígenes) se lo llevan al sepulcro; pero un secreto a voces que a pesar de la muerte de los protagonistas pervive en la memoria de sus descendientes, en las huellas mentales, en los sueños, en los pasos futuros, en los caminos presentes.





Bibliografía Citada

- Bibar, Gerónimo de
Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reynos de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1966.
- Boldrini, Gustavo
«La cautiva: un legado de piel y pensamiento» en *Nütram*, Año VI, N° 1 de 1990.
- Cano, Sor Imelda
La Mujer en el Reyno de Chile, Editora Gabriela Mistral, Santiago, 1980.
- Cerda, Patricia
Sociedad, economía y vida cotidiana en una región fronteriza hispanoamericana: la región del Bío-Bío, Chile 1600-1860, Tesis de Doctorado, Lateinamerika Institut der FU Berlin, Diciembre, 1991.
- Encina, Francisco Antonio
Historia de Chile, Sociedad Editorial Lord Cochrane, Santiago, 1983.
- Foerster, Rolf
Rugendas. América de punta a cabo. Exposición y Catálogo: Pablo Diener Ojeda, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Goethe Institut, Editorial Aleda, Santiago, 1992.
- de Lobera, Mariño P.
Crónica del Reyno de Chile
Colección Historiadores de Chile, Santiago, 1865
- Núñez de Pineda y Bascañán
Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1863
- Palacios, Nicolás
Raza Chilena, Ediciones Colchagua, Santiago, 1988.
- Quiroga, Jerónimo de
Memoria de los sucesos de la guerra de Chile, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979
- Rosales, Diego de
Historia General del Reyno de Chile. Flandes Indiano, Imprenta del El Mercurio, Valparaíso, 1877.
- Salazar, Gabriel
"Ser niño huacho en la Historia de Chile" (siglo XIX) en **Revista Propositiones**, N° 19, Ediciones Sur, Santiago, 1990.

Silva, Osvaldo

Familia, matrimonio y mestizaje en Chile Colonial, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos, Universidad de Chile, Santiago, 1990.

Sors, Fray Antonio

«Historia del Reino de Chile» en **Revista Chilena de Historia y Geografía**, Tomo XLII, N° 46, Santiago, 1922.

Suárez, Ursula

Relación autobiográfica, Biblioteca Antigua Chilena, Universidad de Concepción, 1984.

Vergara, Sergio

Cartas de mujeres en Chile, 1630-1885, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1987.

Bibliografía Consultada

Cavieres, Eduardo y Salinas, René

Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional, Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, Santiago, 1991.

Datwyler, Vivian

«**Familia, diferenciación social y mestizaje. Hispanoamérica entre los siglos XVI y XVIII**», Tesis para optar al grado de Magister en Sociología, Universidad Católica, Instituto de Sociología, Santiago, 1990.

Guzmán, Jorge

«Las categorías blanco no blanco» en **Revista Tópicos**, Ediciones Rehue, Santiago, 1990.

Mellafe, Rolando y Salinas, René

Sociedad y población rural en la formación del Chile actual: La Ligua 1700-1850, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1988.

Morandé, Pedro

Cultura y modernización en América Latina, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1984.

«El varón en la cultura», en **Revista Carisma**, N° 12, Mayo, Santiago, 1984.

Paz, Octavio

El laberinto de la soledad, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

Índice de ilustraciones

Portada: *Revista Humboldt*, N° 81, pág. 94.

Portadas int., págs. 1, 2, 8, 10, 16, 18, 24, 26, 59 y 64:
Ilustraciones tomadas del libro: *Discovering the New World*, Michael Alexander, ed., Inglaterra, 1976.

Pág. 6: *Representación de América*. En: Teresa Gisbert, Bolivia, 1980.

Pág. 20: Anónimo, *Virgen niña hilando a la usanza quechua*. L. Castedo, Historia del Arte Iberoamericano 1, Ed. Andrés Bello y Alianza Editorial Madrid, 1988, pág. 429.

Pág. 22 (sup.): *Revista Humboldt*, N° 91, pág. 41 (detalle).

Págs. 22 (inf.), 25 y 34: *Album de las Mujeres Chilenas*, Editorial Universitaria.

Págs. 28, 32, 38, 40, 42, 46 y 47: A. Giast, *De Santiago a Mendoza*, Colección iconográfica de Armando Brown Menéndez.

Págs. 30, 48, 50, 51, 52, 53, 54 y 55: Las ilustraciones que aparecen en estas páginas han sido cedidas por el archivo de Pablo Diener; ref. bibl.: Helmut Schindler, *Rugendas y los araucanos: Apuntes etnográficos*. En: Pablo Diener, ed., Catálogo de la Exposición *Rugendas, América de punta a cabo*, Santiago de Chile, 1992.

Pág. 37: Atlas de Gay, *Imágenes de Chile*.

Pág. 44: María Graham, *Diario de mi residencia en Chile*. Trad. castellana. Santiago, 1902-1909.







Servicio
Nacional de la

Mujer